

Gente de Pentácuaro

ALEJANDRO OLVERA

1

-Las cosas últimamente han andado mal entre yo y mi mujer, pero eso no le da ni tantito derecho, claro que no, a andar en la calle de la Brincabriles, con un hombre parecido al señor Miyagui de las películas, como ustedes me lo han dicho, y mucho menos a la merita hora en que yo me ando partiendo el lomo. Es más, ya estoy creyendo que de a de veras me está haciendo de chivo los tamales con un fulano de aquella colonia. Pero vénganse, vamos a mi casa, para que vean cómo arregla las cosas un jalisciense. Para que vean cuáles son los tomates que más truenan en la lumbrer de mi santa casa -nos dijo muy seguro Gualmerdo Valcanto.

Eran las diez de la noche en Pentácuaro y andábamos entonados antes de la música. Nos olvidamos de la fiesta en honor al santo patrono del pueblo y salimos del terreno enramado que la haría de salón de baile, para luego enfilarse: Deloquerio Metástato, Frudencio Lumbrero y yo a la casa de Gualmerdo, con éste último por delante y queriendo ver la plena manifestación del poder masculino.

-Aquí espérenme -dijo cuando hubimos llegado a su casa-. Aquí afuerita. Ahorita van a oír hasta acá el ruido de los tomates que ya les conté.

Se metió y al cabo de unos segundos oímos golpes, quejidos y unos "ay" de parte de él, como cuando solía gritar "ay, Jalisco no te rajes".

-Cabrón -dijo Deloquerio-. Oigan cómo se la madre y pega su pinche gritito ése con el que ya nos tiene hasta la madre.

Yo coincidí con él.

-Pero si nomás dijo "ay" -habló Frudencio.

-Es porque es un poco tartamudo el güey -argumenté.

Luego nos pusimos a esperar el "Jalisco no te rajes" que nunca llegó. El que sí llegó fue Gualmerdo, querien-



Sergio Angel Beltrán

do detenerse con la mano una fuga de sangre que traía en el hocico.

-Denme otro pegue y vámonos -dijo. Y luego de quemarse el cogote volvió a gritar el "ay", sin el "Jalisco no te rajés".

-¿Te madreó el sancho, Gualmerdo? -me atreví a preguntar.

-No -dijo secándose la sangre de la boca con la manga de su camisa-. No había ningún sancho en mi casa. Y aunque lo hubiera habido, eso no me habría dolido tanto como lo que acabo de descubrir que hacía mi vieja a mis escondidas.

-Caray, Gualmerdo -le dijo Frudencio-. ¿Pos qué hacía?



Valderrama

-¿Cómo qué? -contestó Gualmerdo-. La muy desgraciada se ha estado gastando el poquito dinero que yo le doy en unas méndigas clases de tai won do.

2

Agarró la pistola y salió tan rápido como un perro pollero cuando oye a la gallina cacaraquear. Dijo que la fiesta estaba muy aguada. Que ya iba a terminarse y nada más no pasaba nada para dar de qué hablar. Que "orita lo arreglo". Y es que según él, la fiesta no era fiesta si no había un muerto, como cada año. Así que dijo: "Al primer cabrón que me dirija la palabra lo vuelvo el muertito de este jolgorio". Y entonces ya no le dijimos nada. Ya sabemos que él cuando dice algo lo cumple. Y si yo le hubiera hablado, de seguro no se pone a pensar en que soy su hermano hasta verme difunto, y así no me serviría de mucho su reconocimiento. Enfiló rumbo al baile con el arma en la mano y nada más de verlo nadie se atrevió a saludarlo siquiera. Entró sin pagarle a la señora que cobraba a cinco pesos las entradas y apenas lo hubo hecho cuando el vocalista del grupo que amenizaba el baile dijo: "La siguiente canción se la vamos a dedicar a nuestro camarada que acaba de entrar. Avíentele un cuete al viento, mi valiente amigo, porque esta bonita melodía comienza así: Se oyó tronar la pistola", y el plumazo que se oye y la voz del cantante que se desoye. Luego de haber cantado sus últimas cinco palabras de la noche cayó hacia adelante del entarimado y un hermano de él, que tocaba la guitarra, quiso detenerlo y también se fue de narices con él. Y mire ahora. Quién iba a pensar que el que se iba a morir fuera el que quiso detenerlo y no quien recibió el balazo de mi hermano, ése al que no por nada le dicen el Mataenbalde y quien luego de hacer la maldad se echó a correr, y sabrá Dios dónde estará a estas horas, rise y rise todo borracho y contándole a gentes desconocidas que gracias a él la fiesta de Pentácuaro no fue ignorada por los periódicos del Estado.

Tres mujeres habían salido a la ciudad más cercana de Pentácuaro. Iban a cambiar los cheques que sus maridos recién les habían mandado del Norte y a traer de paso algo de mandado para ofrecerle el desayuno al otro día a los músicos. Se fueron ya casi con el crepúsculo de la tarde. Iban: Caróntida Menesteres, Fortulia Lunares y Tarfilda Mirancho, en la camioneta de ésta última. Se fueron rezongando porque sus maridos, por sexto año consecutivo, no habían venido a la fiesta anual del pueblo, renegando además de la larga cuaresma en la que las tenían los hombres y en la que yacían mientras el tiempo les desplanchaba el rostro y les acumulaba ansias bajo los vestidos con flores estampadas.

–Hay que consentir mañana a esos musiquitos –dijo una de ellas con un dejo de malicia entre las piernas.

En un principio habían estado discutiendo sobre la casa donde se quedarían los músicos luego de dar por terminado el baile y después de los muchos “otra, otra, otra”, que solían alargarlos hasta por veinte canciones más.

Total que el cura decidió que él mismo les iba a hacer un rinconcito en el templo y ellas tuvieron que aceptar a regañadientes, aunque luego también se pusieron a discutir con él sobre el camino que tomarían para ir a Saltabriles, la colonia en donde iban a cambiar sus cheques, pues él sugería que se fueran por el más largo y que da de frente al templo, mientras ellas se empeñaban en ahorrar tiempo y hacerlo por el más corto y que está a espaldas de la iglesia.

–En ese camino ha habido muchos asaltos –dijo el padre–. Esos hombres malos son aún más malos cuando no miran a Dios de frente.

Al final de cuentas le hicieron caso y salieron por donde él les recomendó, prometiendo llegar antes de que diera inicio el baile.

No llegaron sino hasta la madrugada y mucho después de que el baile se hubo muerto de un balazo. Llegaron a pie, sin camioneta, sin dinero y sin mandado, nada más con sus palabras alcoholizadas, diciéndole al cura que a una de ellas se le ocurrió comprar una botella de rompopo en la conasupo y, viendo que todavía era muy temprano, decidieron sentarse en el jardín de la colonia a tomársela. Luego de acabar con el licor y al darse cuenta que se les hizo tarde acordaron volver a Pentácuaro por la carretera que el padre se había opuesto a que utilizaran. Al tomar la última curva antes de llegar se encontraron con una hilera de piedras que las obligaron a detenerse. Luego unos hombres salieron de entre las orillas de la noche y sin más armas que palabras fuertes les quitaron camioneta, dinero y mandado.

–Eso les pasa por desobedecerme –les dijo el cura–. Además agrádeczanle a Dios una cosa: la mayoría de las mujeres que son asaltadas en ese lugar han sido mancilladas y, miren, a ustedes por lo que veo no les pasó lo mismo. Anden, vayan y denle las gracias a nuestro santito. Sí, ya sé, ya sé, hija, que no les dejaron nada, pero ni siquiera una vergüenza.

Eso dijo el cura y entonces el dolor de las tres señoras se volvió transparente mientras su desgracia se alargaba a grandes chillidos. “Pero ni siquiera una vergüenza”, recordaban haberle oído decir al cura, mientras las demás mujeres apelotonadas alrededor de ellas las miraban con una risa de burla, sin imaginar que a partir de entonces las tres hembras, en un acto de coraje por haberlas hecho quedar en vergüenza frente a tantísimas mujeres del pueblo, dejarían de comprar año con año todas las flores que solían adornar al santo en el enorme templo de Pentácuaro.